

Padre Emmanuel André La Iglesia al fin de los tiempos

III. El hombre de pecado

Aunque la apostasía esté muy avanzada, los cristianos aún podrían frenar, con un esfuerzo generoso, a los agentes de la descristianización, y obtener para la Iglesia unos días de paz antes de la gran prueba. En este orden de ideas, algunos autores esperan, después de la crisis presente, un triunfo de la Iglesia, un domingo de Ramos [*¿no era lo que el Cielo nos prometía si se cumplían los pedidos de la Virgen de Fátima?*], en el cual esta Madre será saludada por los clamores de amor de los hijos de Jacob, reunidos a las naciones en la unidad de una misma fe. Mas este triunfo, si Dios nos lo concede, no será de larga duración. Los enemigos de la Iglesia, aturcidos por un momento, proseguirán su obra satánica con redoblado odio.

Podemos representarnos el estado de la Iglesia en ese entonces como semejante al estado de Nuestro Señor en los días que precedieron a su Pasión. Así como el pueblo judío se hallaba agitado sobre la persona de Cristo en las fiestas pascales, así también habrá en el mundo inmensos rumores, y cada cual hablará de la Iglesia, unos para decir que *es divina*, otros para decir que *no lo es*. La Iglesia se hallará expuesta a los más insidiosos ataques del librepensamiento, pero el fulgor divino de la Iglesia brillará ante los ojos de todos. El mundo, colocado entonces enfrente de la verdad, desviará de ella su mirada, y dirá: ¡No me interesa! Y como castigo de *«haber rechazado y odiado la verdad, los hombres –nos dice San Pablo– serán castigados con una seducción de iniquidad y una eficacia de error»* (II Tes. 2 11-12), que hará posible la revelación del hombre de pecado, el Anticristo.

1º El Anticristo.

Cuando aparezca *«el hombre de pecado»*, será, como dice San Pablo, *«a su tiempo»*, esto es, cuando el cuerpo de los malvados, endurecido contra los dardos de la gracia, hecho compacto e impermeable por la obstinación de su malicia, reclame esta cabeza, por medio de la cual Satán desplegará toda la amplitud de su odio contra Dios y contra los hombres.

El Anticristo será un hombre, un simple viador hacia la eternidad. Los Padres piensan unánimemente que será judío; lo cual parece muy verosímil, por el hecho de que la masonería es de origen judío, de que los judíos tienen hoy en sus manos

los hilos del mundo, y de que Nuestro Señor echaba en cara a los judíos: «*Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibís; si Otro viniere de su propia autoridad, a aquél le recibiréis*» (Jn. 5 43); y por este «Otro», los Padres entienden comúnmente al Anticristo. Todo esto hace pensar que el jefe del imperio anticristiano será un judío.

Aunque el Anticristo sea llamado «*el hombre de pecado, el hijo de perdición*», no pensemos que estará destinado irremisiblemente al mal. Podrá conocer la verdad, estarán a su alcance los medios de salvación, tendrá un ángel custodio. Pero también es de creer que, desde el uso de razón, entrará en contacto tan constante e íntimo con el Espíritu de las tinieblas, y se inclinará al mal con tanta obstinación, que no dejará penetrar en su alma ninguna luz sobrenatural, ninguna gracia de lo alto. Por su constante aplicación al mal, permanecerá inmutablemente rebelde a todo bien, y llevará el pecado hasta su colmo, alcanzando un refinamiento de impiedad al que no llegó jamás hombre alguno. Eso le valdrá el nombre de «*hombre de pecado*». El calificativo de «*hijo de perdición*», que le es común con Judas, quiere decir que su condenación eterna esta prevista por Dios, como castigo de su espantosa malicia, quedando incluso consignada de antemano en las Escrituras.

De este modo será realmente el «Anticristo», la antípoda de Nuestro Señor. Jesucristo estaba fuera del alcance del pecado; él se pondrá fuera del alcance de la gracia, por una entrega de todo su ser al Espíritu del mal. Jesucristo se orientaba a su Padre con todos los impulsos de una naturaleza divinizada y sustraída a las influencias del mal; él se orientará al mal con todos los impulsos de una naturaleza profundamente viciada y que renunciará incluso a la esperanza.

2º La obra del Anticristo.

Siendo tan diametralmente opuesto a Nuestro Señor, el Anticristo realizará obras en oposición directa con las suyas, como instrumento predilecto de Satanás. Así como Cristo recibió de su Padre el poder de hacer milagros, Lucifer, haciendo un pacto con el hombre de pecado, le comunicará el poder de hacer toda clase de prodigios. Y así dice San Pablo que «*su advenimiento será según la operación de Satanás, con todo poder, señales y prodigios falsos*» (II Tes. 2 9). Jesucristo sólo hizo milagros por bondad, nunca por pura ostentación; mientras que el Anticristo se complacerá en ellos, y los pueblos, por un justo juicio de Dios, se dejarán embaucar por sus malabarismos.

Está claro, por eso mismo, que el Anticristo se presentará al mundo como el tipo más acabado de estos falsos profetas que fanatizan a las masas y las conducen a sus metas. Desde este punto de vista, Mahoma parece haber sido su verdadero precursor. Pero el Anticristo lo superará inmensamente en perversidad y en habilidad, y también en la plenitud de su poder satánico.

IV. La Iglesia durante la tormenta

San Gregorio Magno, en su comentario al libro de Job, contempla a la Iglesia, al fin de los tiempos, bajo la figura de Job humillado y sufriente, expuesto a las

insinuaciones péfidas de su mujer y a las críticas amargas de sus amigos. La Iglesia, dice reiteradas veces el gran Papa, hacia el término de su peregrinación, será privada de todo poder temporal, y de todo punto de apoyo sobre la tierra; más aún, será despojada del brillo mismo que proviene de los dones sobrenaturales.

«Se retirará—dice— el poder de los milagros, desaparecerá la profecía, disminuirá el don de una larga abstinencia, se callarán las enseñanzas de la doctrina, cesarán los prodigios milagrosos. No quiere eso decir que ya no habrá nada de todo eso, sino que todas estas señales ya no brillarán abiertamente y de mil maneras, como en las primeras edades. Lo cual será una ocasión propicia para que se haga un temible discernimiento de los corazones. En efecto, en ese estado humillado de la Iglesia, los buenos se aferrarán a Ella únicamente con miras a los bienes celestiales, y acrecentarán así su recompensa, mientras que los malvados, no viendo en Ella ningún atractivo temporal, no tendrán ya nada que disimular, y se mostrarán tal como son» (Moralia in Job, lib. XXXV).

¡Se callarán las enseñanzas de la doctrina! ¡Que terrible afirmación! En otras partes proclama San Gregorio que la Iglesia prefiere morir a callarse. Por eso, hablará, pero su enseñanza será ridiculizada, su voz ahogada, y muchos de los que deberían gritar sobre los tejados no se atreverán a hacerlo por temor a los hombres. Y es que, según el mismo San Gregorio, hay en la Iglesia tres categorías de personas: los hipócritas o falsos cristianos, los débiles y los fuertes. Pues bien, en esos momentos de angustia, los hipócritas se quitarán la máscara, y manifestarán abiertamente su apostasía secreta; los débiles, por su parte, perecerán en gran número; y muchos de los fuertes, demasiado confiados en su fuerza, caerán como las estrellas del cielo. También en eso se realizará un terrible discernimiento de los corazones.

A pesar de todos estos punzantes dolores, sostenida como estará por la promesa del Salvador de que *«esos días serán abreviados por causa de los elegidos»* (Mt. 24 22), la Iglesia no perderá ni valentía ni confianza, sino que con una energía infatigable se entregará, en lo más recio de la tormenta, a la salvación de las almas de esos elegidos.

1º Preservación milagrosa de la Iglesia en esos tiempos.

A pesar del espantoso escándalo de esos tiempos de perdición, no vaya a pensarse que los pequeños y débiles se perderán *necesariamente*. Sólo perecerán aquellos que, por haber abandonado las alas de su madre, sean presa del ave rapaz. El camino de salvación seguirá abierto para todos, y la Iglesia tendrá medios de preservación proporcionales a la magnitud del peligro.

¿Cuáles serán esos medios de preservación? La Iglesia se acordará del aviso dado por Nuestro Señor para los tiempos de la toma y destrucción de Jerusalén, y aplicable, según los intérpretes, a la última persecución.

«Cuando viereis la abominación de la desolación, anunciada por el profeta Daniel, estar en el lugar santo (¡el que lee, entienda!), entonces los que estén en la Judea huyan a los montes... Rogad para que vuestra fuga no sea en invierno ni en sábado; porque habrá entonces tribulación grande, cual no la hubo desde el comienzo del mundo hasta

ahora, ni la habrá. Y si no se acortaran aquellos días, no se salvaría hombre viviente; mas en atención a los elegidos serán acortados aquellos días» (Mt. 24 15, 20-22).

En conformidad con estas instrucciones del Salvador, la Iglesia preparará a los pequeños de su rebaño, por una providencia especial de Dios, refugios inaccesibles, donde los colmillos de la Bestia no los alcanzarán.

San Juan nos hace entrever esta acción de la Providencia en el capítulo 12 del Apocalipsis. Allí nos muestra a la Iglesia como una Mujer revestida del sol y coronada de estrellas, pero que sufre dolores de parto, porque la Iglesia dará a luz a Dios en las almas en medio de grandes sufrimientos. Ante ella se aposta un gran Dragón rojo, imagen del diablo y de sus continuas emboscadas. Pero la Mujer huye al desierto, «a un lugar preparado por Dios mismo, para que allí la sustenten durante mil doscientos sesenta días» (Apoc. 12 6). Estos 1260 días, que son tres años y medio, indican el tiempo de la persecución del Anticristo. Por lo tanto, durante este tiempo la Iglesia, en la persona de los débiles, huirá al desierto, a la soledad, donde Dios mismo se encargará de mantenerla escondida y de alimentarla: «Se le dieron a la Mujer dos grandes alas de águila, para transportarla al desierto. El Dragón trata de perseguirla, y su boca vomita en pos de ella agua como río; pero la tierra socorre a la Mujer, y absorbe el río» (Apoc. 12 14-16). Con estas palabras enigmáticas se designa algún gran suceso con el que Dios librará a su Iglesia de la rabia del Dragón.

2º Grandes santos de esos tiempos.

Mientras los débiles orarán seguros en una soledad misteriosa, los fuertes y valientes entablarán una lucha formidable, a la faz del mundo entero, con el Dragón desencadenado. Pues en los últimos tiempos habrá santos de una virtud heroica. Al comienzo Dios dio a su Iglesia los Apóstoles, que la fundaron y cimentaron en su propia sangre y abatieron el imperio idólatra. También al final le dará hijos y defensores igual de valientes y santos.

San Agustín, al pensar en ellos, exclama: «En comparación con los santos y fieles que habrá entonces, ¿qué somos nosotros? Pues, para ponerlos a prueba, el diablo, a quien nosotros debemos combatir al precio de mil peligros, estará desencadenado, mientras que ahora está atado». También se pregunta si en esos tiempos de persecución habrá conversiones, y contesta que sí. Estas conversiones, sin duda, serán más raras, pero por eso mismo también más sorprendentes. Dios se complacerá en mostrar así que su gracia es más poderosa que el Fuerte mismo en su desencadenamiento más furioso.

El Anticristo será un conquistador, y mandará a ejércitos; pero hallará ante sí Legiones Tebanas, héroes de esta raza gloriosa e indomable que tiene a los Macabeos por antecesores, y que cuenta entre sus líneas a los Cruzados, a los campesinos de la Vandée, a los Zuavos pontificios. A estos apóstoles, armados del crucifijo, podrá aplastarlos bajo el peso de sus huestes numerosísimas, pero no logrará hacerlos huir. Ni podrá tampoco seducirlos, porque a la paciencia de los mártires unirán la ciencia de los doctores.